

Hans Magnus Enzensberger

# ¡Siempre el dinero!

Una novelita sobre economía

Con ilustraciones de Javier Mariscal

Traducción de Carles Andreu



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*

Immer das geld! Ein kleiner Wirtschaftsroman

© Suhrkamp Verlag

Berlín, 2015

*Ilustración de la portada:* Javier Mariscal

*Ilustraciones interiores:* Javier Mariscal

*Primera edición: marzo 2016*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Carles Andreu, 2016

© De las ilustraciones, Javier Mariscal, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

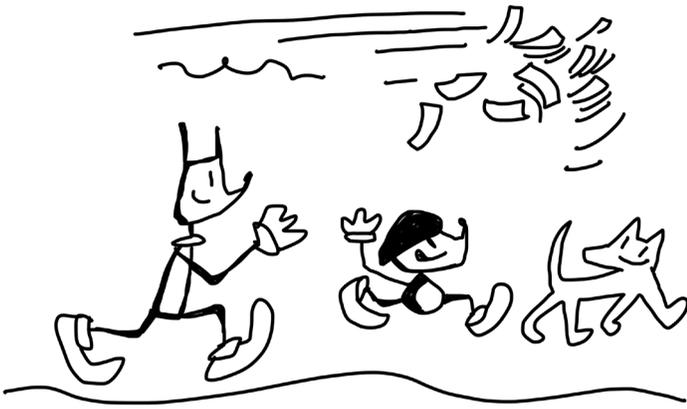
ISBN: 978-84-339-7949-0

Depósito Legal: B. 2430-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

## I. La visita de la tía Fé



¡ el dinero CORRE !



¡ el dinero **VUELA!**

–¡Viene de visita!

Fue Fanny quien trajo la noticia. Rebosante de alegría, casi triunfal, agitaba una tarjeta postal extraancha en la que se veía un paisaje alpino. En la mesa del comedor todos comprendieron enseguida a quién se refería.

–La tía Fé –murmuró mamá, que suspiró con el cucharón suspendido encima de la sopera.

Finalmente papá rompió el silencio y preguntó:

–¿Cuándo?

–¡Esta noche mismo! –cacareó la pequeña Fanny, sosteniendo en alto la prueba, con sus líneas garabateadas en tinta verde. La misiva no explicaba qué se le había perdido a la tía Fé a principios de abril en la estación final de un tren cremallera suizo.

Pero la tía Fé era una mujer lacónica y prefería las tarjetas postales para comunicarse con el mundo. «Es más barato y menos latoso que el teléfono o esas máquinas modernas, que de todos modos me resultan sospechosas.» En la familia todos sabíamos que tenía una finca junto al lago Lemán, con un parque y una villa legendaria que contaba con un número ingente de habitaciones. Aunque disponíamos de un número de teléfono suyo en Suiza, cada vez que mi padre intentaba hablar con ella respondía la voz áspera de un conserje que tan sólo decía: «La Pervenche.» Nadie sabía qué quería decir. Papá lo buscó en el diccionario y descubrió que significaba «La siempreviva». Yo me imaginaba a aquel hombre como un mayordomo de los que salen en las películas inglesas. El caso es que siempre se excusaba diciendo que la señora no podía ponerse al teléfono.

En alemán dinero [Geld] rima con mundo [Welt]; difícilmente puede existir una rima más sensata.

**Lichtenberg**

Por lo visto volvía a estar de viaje. En esta ocasión, no obstante, no había ido a Nueva York, ni a Lisboa, ni a Buenos Aires; simplemente había salido de excursión a la montaña.

El menosprecio de la riqueza era en los filósofos un truco para protegerse del envilecimiento de la pobreza.

**La Rochefoucauld**

—¡La siempreviva! —exclamé yo—. ¡Estamos apañados!

A ojos de mi madrina yo era la más sensata de toda la familia Federmann. Pero también sabía que llevarle la contraria cuando se le metía en la cabeza uno de sus caprichosos planes no servía de nada.

Fabian, mi hermano, que me superaba ya en altura aunque era tres años menor que yo, me interrumpió enseguida:

–Felicitas –me dijo–, a ti lo que te fastidia es que la tía Fé es más lista que tú.

–Ya basta –intervino papá–. ¿Aquí no puede uno ni comer en paz?

Sí, en casa flotaba otra vez algo en el ambiente. Mamá no sabía qué ponerle para cenar a la tía, que no se iba a contentar con un simple picadillo de carne. Por suerte era jueves. Una vez a la semana viene nuestra mujer de la limpieza polaca, Bozena; con ésa tampoco se puede bromear, pues la suciedad la saca de quicio como si fuera su enemiga personal. Enfrascada en esa batalla, de vez en cuando rompe un florero o una lámpara. Pero no la podemos despedir; lleva muchos años limpiando en casa, y es tan leal que nunca la echaríamos. De eso se da cuenta incluso mamá, aunque no por ello deja de disgustarse por cada rasguño con el que Bozena deja su huella indeleble en algún objeto heredado, por ejemplo la cafetera. En cuanto entra en una habitación con la fregona y el cubo tenemos que salir pitando, y nos regaña si dejamos ropa o juguetes sin recoger. Pero hay que reconocerle, eso sí, que en caso de apuro no le importa echar una mano e incluso se presta a servir en las comidas. Naturalmente trabaja en negro, pues no quiere firmar

ningún impreso ni ingresar el dinero en una caja de pensiones. Ella sólo quiere cobrar en efectivo, dinero contante y sonante que luego manda a casa, a su hermana enferma y al holgazán de su hermano, que viven cerca de Cracovia.

Seguramente valdría la pena hablar un poco sobre el aspecto y el porte de la tía Fé. En su día debió de ser una belleza; en la vieja foto del álbum familiar, dirige una mirada provocadora al espectador, como si no se opusiera a flirtear. Ahora debe de tener ya por lo menos ochenta y cinco años, aunque se niega a revelar su edad exacta. Vive en su villa, acompañada de su conserje o mayordomo. Mi padre dice que seguramente conservará aún un jardinero y una doncella. Debe de haberlo sacado de alguna novela antigua. Yo dudo que actualmente queden todavía doncellas con delantal blanco.

Una vez vi en el teatro municipal una obra rusa en la que salía una vieja despótica a la que todos se referían tan sólo como «la generala», aunque no aparecía ningún general. Era exactamente igual que la tía Fé. Cuando se enfadaba, golpeaba en el suelo con el bastón, que tenía una empuñadura plateada con una cabeza de león que me resultaba de lo más familiar: mi madrina utiliza uno similar para apoyarse al caminar.

Cuando no le interesa oír algo, la tía Fé se

hace la sorda, pero si alguien se atreve a recomendarle que se ponga un audífono le suelta una fresca. No le gusta nada que le lleven la contraria. Mis padres la tratan con guantes de seda, pues no se quieren arriesgar a irritarla.

La tía Fé no es ni mucho menos avara. Cada vez que nos visita le da a Bozena una propina considerable. Siempre nos pregunta cuál es nuestra paga semanal. Quiere saber si nos alcanza y qué hacemos con el dinero, y entonces nos pasa unos billetes a escondidas. Me he dado cuenta de que siempre lleva dinero extranjero, francos, libras o dólares. Una vez me regaló cien coronas danesas. Era un billete amarillo que aparentaba más valor del que tenía en realidad. Fui al banco a cambiarlo y no me dieron más de quince euros.

A mamá le molesta la forma que tiene la tía Fé de administrar el dinero. A sus espaldas se pregunta de dónde debe de haber sacado su fortuna, si realmente la ha conseguido trabajando o si la habrá heredado de uno de sus maridos. «¿Quién sabe cómo gana el dinero esta gente en América?» Es una pregunta retórica a la que nadie responde. «Además, Fé no sólo malcría a los niños, sino que también malacostumbra a Bozena. Eso sí, a Franz y a mí nunca se le ocurre preguntarnos cómo vamos de dinero.» Papá no responde. Empezaría una discusión a la que no quiere dejarse arrastrar.

El dinero es como el estiércol; si no se reparte bien no sirve de nada.

**Francis Bacon**